

lación. «Si escribís eso—decía—tendréis que reconocer también una filosofía *dominante* y sistemas *dominantes*... Nada debe dominar más que el derecho y la justicia.»



ABADÍA DE CLUNY

Cuantos conocían por la historia, por el estudio de la Edad Media, la prodigiosa tenacidad del clero en defender sus más mínimos intereses, pudieron juzgar en aquellos momentos lo que el cura hace para salvar sus bienes, su bien más preciado, su querida intolerancia.

Un hecho le alentaba: saber que la nobleza de provincias, los parlamentarios, todo el antiguo régimen, estaban unidos al clero en la resistencia común contra las resoluciones del 4 de Agosto. De tal modo, que aquella noche comenzaron á arrepentirse y á apoyarlo.

Los privilegiados de toda la nación no comprendían que sus representantes, los nobles, tomaran tales resoluciones y estaban estupefactos, fuera de sí... Los paisanos, que habían comenzado con actos de violencia, continuaban manteniendo la autoridad por la ley. Era aquella la ley que nivelaba, que allanaba todos los obstáculos, que destruía la presión señorial y armaba á Francia entera. ¡Todos armados, todos cazadores, todos nobles!... ¡Y eran los nobles quienes habían votado aquella ley que parecía ennoblecer al pueblo y desnoblecer á la nobleza!

Si el privilegio pereciera, los privilegiados, nobles y sacerdotes, desearían morir con él, porque después de tanto tiempo estaban identificados, compenetrados con la desigualdad y la intolerancia. ¡Preferible les era morir cien veces que cesar de ser injustos!...

No podían aceptar nada de la Revolución, ni su principio escrito en la Declaración de los derechos, ni la aplicación del principio en su gran carta social del 4 de Agosto.

Aunque el rey hubiese tenido alguna voluntad, sus escrúpulos religiosos le arrastraban del lado de los nobles y garantizaban su obstinación.

Acaso hubiese aceptado la disminución del poder real; pero el diezmo, cosa santa y la jurisdicción del clero, *su derecho á intervenir en los delitos secretos* desconocidos por la Asamblea, la libertad de las opiniones religiosas proclamada... no, no; ¡esto no podía admitirlo un príncipe creyente y timorato!

Seguramente él mismo, sin necesidad de influencia exterior alguna, Luis XVI, rechazaría, intentar, cuando menos, eludir la sanción de la Declaración de los derechos y los decretos del 4 de Agosto.

De esto á hacerle obrar, defenderse, combatir, había aún mucho camino que recorrer. Tenía horror al derramamiento de sangre. Podía verse colocado en tales circunstancias que se le impusiera la guerra y á la fuerza la aceptase; pero arrastrarle á ella directamente, sacarle la resolución, la orden, no se podía ni pensar siquiera.

La reina no podía esperar nada de su hermano José, demasiado ocupado en su Bélgica. De Austria no podía esperar más que los consejos del embajador Mr. Mercy d'Argenteau. De las tropas no estaba segura. Contaba con gran número de oficiales de marina y con los más de los regimientos suizos y alemanes, y sobre todo confiaba en un excelente cuerpo de ejército, veinticinco ó treinta mil hombres situados en Metz y sus alrededores al mando de un oficial adicto y enérgico que había dado pruebas de un gran vigor, M. de Bouillé. Había mantenido estas tropas en una disciplina severa, en el alejamiento y el desprecio del burgués y de la canalla.

El deseo de la reina fué siempre partir, presentarse en el campamento de M. de Bouillé y comenzar la guerra civil.

No pudiendo decidir al rey, ¿qué podía hacer?; esperar, utilizar á Necker, comprometerle, utilizar á Bailly, á Lafayette, dejar que continuara el desorden, la anarquía, ver si el pueblo, al que se suponía influido por extraño impulso, se alejaba de sus agitadores que le dejaban morir de hambre.

El exceso de miseria debía calmarle, abatirle. De un día á otro los cortesanos esperaban verlo pidiendo el antiguo régimen, el buen tiempo, rogando al rey que recobrará y ejerciera la autoridad absoluta.

«Teniais pan bajo el rey, bajo vuestros doscientos reyes; ¡id á pedirselo!» Esta frase, atribuída á un ministro de entonces, dijérala ó no, es el pensamiento de la corte.

El triste estado de París servía bien á esta política. Es un hecho cierto y terrible que en aquella ciudad de ochocientas mil almas no hubo ninguna autoridad pública en tres meses, desde Julio á Octubre.

Ningún poder municipal.—Esta autoridad primitiva, elemental de todas las sociedades, estaba como disuelta. Los sesenta distritos discutían y no hacían nada. Sus representantes en el Hotel de Ville no hacían mucho más, concretándose á impedir que Bailly, el alcalde, obrase. Este hombre de estudio, astrónomo, académico, no preparado para su nuevo papel, permanecía siempre encerrado en el despacho de las subsistencias, inquieto é intranquilo, no sabiendo nunca si podría alimentar á París.

Ninguna policía.—Estaba en las impotentes manos de Bailly. El jefe de policía había presentado su dimisión y no había sido reemplazado.

Ninguna justicia.—La vieja justicia criminal aparece de pronto tan adversa y contraria á las ideas, á las costumbres, tan bárbara, que Lafayette pide su inmediata reforma. Los jueces debieron cambiar de pronto sus antiguos hábitos, aprender formas nuevas, seguir procedimientos más humanos, pero más lentos. Las prisiones quedaron desiertas y lo que más se temía por las gentes quedó olvidado.

Ninguna autoridad de corporaciones.—Los síndicos, etc., los reglamentos de los oficios fueron anulados por efecto del 4 de Agosto. Los más restringidos, los panaderos, los impresores, los peluqueros se multiplicaron. La imprenta tomó un impulso enorme. Los peluqueros veían al mismo tiempo que desaparecían sus prácticas, aumentar su número. Los ricos abandonaban París.

Un periódico afirma que en tres meses se firmaron en el Hotel de Ville sesenta mil pasaportes.

Grandes reuniones habían tenido lugar en el Louvre y en los Campos Elíseos los peluqueros, los cordoneros y otros. Llegaba la guardia nacional, los disolvía, con brutalidad muchas veces. Dirigían á la Ville quejas y peticiones imposibles; mantener los antiguos reglamentos ó hacerlos de nuevo, fijar el precio de los jornales, etc.

Los criados, dejados en medio de la calle por sus amos, que se iban, querían que se enviase á los saboyanos á su tierra.

A cuantos conozcan la historia de otras revoluciones maravillará que en esta situación miserable y hambrienta de París, sin autoridad, ocurriese solamente un escaso número de violencias graves.

Una palabra, una observación razonable, una broma, muchas veces bastaba para detener á un agresor. Sólo en los primeros días que siguieron al 14 de Julio hubo actos violentos.

El pueblo, dominado por la idea de que era traicionado, buscaba á su enemigo á ciegas y cometió torpes errores.

Muchas veces Lafayette intervino á punto y fué escuchado, salvando así muchas personas (1).

Cuando pienso en los tiempos que siguieron á nuestra época, tan interesada y de tan gran molición, no puedo menos de admirar que la extrema miseria no ha azotado nulamente este pueblo, no le ha sujetado más en su esclavitud. Supieron sufrir y supieron ayunar.

Las grandes cosas que en tan poco tiempo se habían realizado, el Juramento del Juego de Pelota, la toma de la Bastilla, la noche del 4 de Agosto habían puesto en todos una idea nueva de la dignidad humana.

Necker había marchado el 11 de Julio; vuelve tres semanas después y no reconoce al pueblo.

Dussaulx, que había vivido sesenta años del antiguo régimen, no sabe dónde está ya la vieja Francia. «Todo está cambiado—dice—el vestido, el aspecto de las calles, las banderas. Los conventos están llenos de soldados, las iglesias son cuerpos de guardia. Por todas partes gente joven se ejercita en el manejo de las armas; los chiquillos quieren imitarlos, los siguen y llevan bien el paso. Octogenarios montan la guardia, con sus nietecillos: «Quién hubiera creído—me dicen—que tendríamos la dicha de morir libres.»

Hecho poco notado: á pesar de tal y tal violencia del pueblo, su sensibilidad había aumentado y ya no era capaz de ver con sangre fría los atroces suplicios que en el antiguo régimen habían sido su espectáculo favorito.

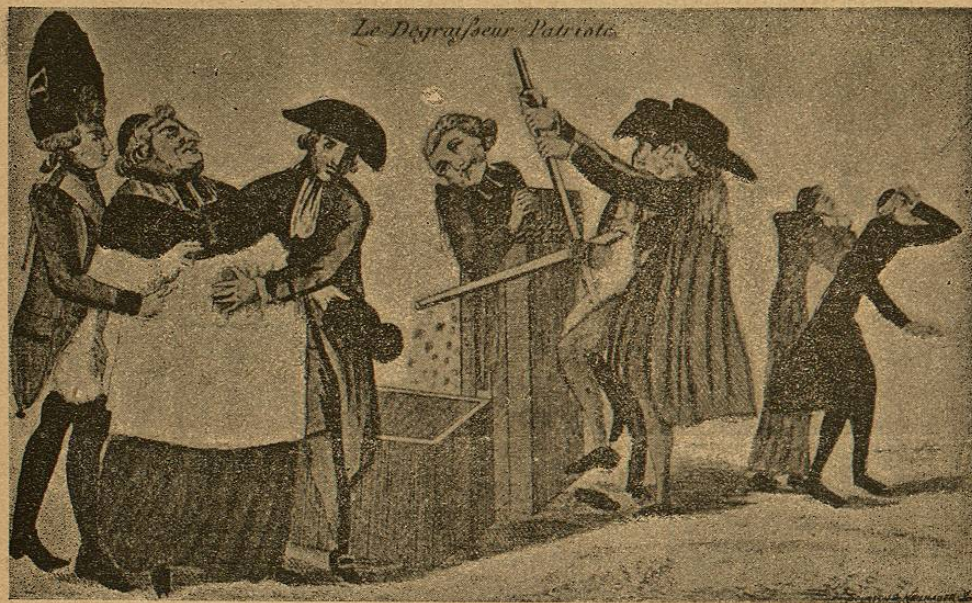
En Versalles un hombre iba á ser condenado á la rueda por parricida; había levantado su cuchillo contra una mujer, é interponiéndose su padre, recibió la herida y la muerte que quiso evitar. El pueblo encontró el suplicio más bárbaro que el delito que se quería castigar é impidió la ejecución.

(1) En aquellos momentos Lafayette fué un hombre admirable. Encontró en su corazón, en su amor al orden y la justicia, palabras, chistes, salidas de tono, tan vulgares, que juzgándole superficialmente parecía—es preciso decirlo—demasiado mediocre. Un día, en el momento en que se esforzaba por salvar al abate Cordier, á quien el pueblo había tomado por otro, iba hacia el Hotel de Ville su hijo acompañado por un amigo. Lafayette aprovechó la ocasión y volviéndose hacia la multitud, dijo: «Señores, tengo el honor de presentaros á mi hijo...» Sorpresa, efusión. La multitud se detiene. Los amigos de Lafayette alejan al abate y le salvan. (Véanse sus *Memorias*, tomo II, pág. 264.)

El corazón del hombre había recibido el juvenil calor de nuestra Revolución. Latía más vivo; era más apasionado que lo fué nunca, más violento, pero más generoso.

Cada sesión de la Asamblea ofrecía el conmovedor interés de los donativos patrióticos que una verdadera multitud llevaba. La Asamblea nacional se vió obligada á convertirse en cajero.

LA SÁTIRA DE LA REVOLUCION



EL DESENGRASADOR PATRIÓTICO

Estampa en colores publicada en París. Representa una prensa en la que el pueblo exprime el jugo de clérigos y frailes, haciéndoles arrojar por la boca el dinero que se han tragado. Dos patriotas conducen un obispo al desengrasador. Un cura metido entre las planchas vomita monedas en la caja que está al lado. Por el fondo se alejan un abate y un fraile enflaquecidos y enjutos lamentándose de la operación.

A ella se va para todo; las peticiones, los donativos y las quejas. Su estrecho recinto es la casa de Francia.

Los pobres, sobre todo, eran los más pródigos en dar. Un joven entrega sus economías, seiscientas libras, penosamente reunidas. Pobres mujeres de artesanos entregaban cuanto tenían, sus alhajas, los recuerdos que recibieron al casarse. Un labrador declaraba que ofrecía tal cantidad de trigo. Un estudiante ofrece lo que sus parientes le envían, sus regalos de Navidad... Donativos de niños, de mujeres; generosidad del pobre, de la viuda; cosas pequeñas, pero tan grandes ante la patria, ¡ante Dios!

La Asamblea, entre las ambiciones, las disidencias, las miserias morales que la dividían, está conmovida, asombrada por aquella magnanimidad del pueblo.

Cuando fué Necker á exponer la miseria de Francia y á solicitar, para vivir al menos dos meses todavía, un empréstito de treinta millo-

LA SÁTIRA DE LA REVOLUCIÓN



CON DIEZ PALMOS DE NARICES

Lámina como la anterior publicada en París contra el clero. Alude al despecho que el triunfo de la Revolución y la abolición de los privilegios causó en los clérigos. Representa una procesión. La nariz del obispo es tan larga, que la sostiene el suizo y la guía para que no tropiece con la puerta de la iglesia. Los demás clérigos también expresan con sus narices el profundo despecho. El diablo les sigue cargando con su dinero.

nes, muchos diputados pidieron que fuese garantizado con los bienes propios de los miembros de la Asamblea.

M. de Foncault, verdadero gentilhombre, hizo la primera proposición; ofreció invertir en el empréstito seiscientas libras que constituían toda su fortuna.

Todavía se hacía un sacrificio mayor que el del dinero, sacrificio que hacían todos, pobres y ricos, el de su tiempo, el de su pensamiento constante y toda su actividad.

Las municipalidades que se formaban, las administraciones depar-

tamentales que se organizaron, bien pronto absorbían al ciudadano enteramente y sin reserva. Muchos hacían llevar su lecho á las oficinas y trabajaban noche y día (1).

Al mérito de la fatiga se unía el del peligro. Las masas que sufrían, desconfiaban siempre, acusaban, amenazaban.

Las traiciones de la antigua administración hacían la nueva sospechosa. Aquellos nuevos magistrados que trabajaban por salvar á Francia corrían el riesgo de su vida.

¡Y el pobre! ¡el pobre!, ¿quién narrará sus sacrificios?

Durante la noche montaba la guardia; á las cuatro ó las cinco de la mañana se ponía en la acera, á la puerta del panadero; tarde, bien tarde, tenía su pan. El día era odioso; el taller cerrado...

Y qué digo, ¿el taller? Casi todos carecían de trabajo. Qué digo, ¿el panadero? El pan faltaba, pero mucho más todavía el dinero para tenerlo.

Triste, el desdichado erraba por las calles, se entretenía en las plazas, prefiriendo estar vagabundo á escuchar en su casa las quejas y el llanto de sus hijos.

Así, el hombre que no tenía más que su tiempo, sus brazos para vivir y alimentar su familia, los consagraba preferentemente al gran negocio, á la salud pública. ¡Y olvidaba la suya!

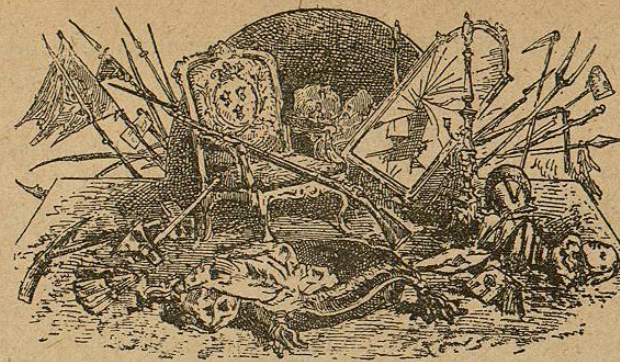
¡Noble y generosa nación! ¿Por qué conocemos tan mal esta época heroica?

Los hechos terribles y violentos que siguieron han hecho olvidar las dulzuras que marcaron el comienzo de la Revolución.

Un fenómeno más grande que todo suceso político apareció entonces al mundo: la potencia del hombre, por la que el hombre es Dios, había aumentado la potencia del sacrificio.



(1) Esto es lo que hicieron los administradores de Finistere. Sobre esta actividad verdaderamente admirable, habla Duchatellier en *La Revolución en Bretaña*.



CAPITULO VI

El Veto

Dificultad de las subsistencias.—Cómo era agobiadora la situación.—¿Podía el rey detenerlo todo?—Larga discusión del veto.—Proyectos secretos de la corte.—¿Habrá una Cámara ó dos?—La escuela inglesa.—La Asamblea tenía necesidad de ser disuelta y renovada.—Era heterogénea, discordante, impotente.—Discordia interior de Mirabeau; su impotencia (Agosto-Septiembre de 1789).

La situación empeoraba.

Francia, entre dos sistemas, el antiguo y el nuevo, se agitaba sin avanzar.

Además tenía hambre.

París (preciso es reconocerlo) vivía por casualidad. La alimentación, siempre incierta, dependía de la llegada de un convoy de la Beauce ó de un barco de Corbeil.

El Hotel de Ville, con inmensos sacrificios, hacía bajar el precio del pan, resultando de esto que desde diez leguas á la redonda y aun más venían labriegos y aldeanos á surtirse de pan en París.

La incertidumbre del día siguiente, las vanas alarmas aumentaban todavía las dificultades; cada uno acaparaba y ocultaba lo que podía.

La administración buscaba alimentos por todas partes, y los adquiría de grado ó por fuerza. Muchas veces las harinas en camino hacia París eran retenidas por los pueblos por donde pasaban que tenían necesidades apremiantes.

París y Versalles partían; pero Versalles guardaba, según rumores públicos, la mejor harina, y hacía un pan superior. Gran motivo de celos.

Un día en que los de Versalles cometieron la imprudencia de detener para ellos un convoy destinado á París, Bailly, el respetuoso Bailly, escribió á Necker diciéndole que si no se restituían á París las harinas, treinta mil hombres irían á buscarlas inmediatamente.

El temor había hecho osado á Bailly. Su cabeza peligraba si lle-